

PONENCIA DEL PROFESOR DOCTOR DON JOSÉ LUIS ILLANES, DIRECTOR DEL INSTITUTO HISTÓRICO JOSEMARÍA ESCRIVÁ.

LOS AÑOS DE LOGROÑO, UNA ENCRUCLAJADA EN LA VIDA DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Forma parte de las actitudes connaturales al ser humano la tendencia a volver con el recuerdo, cada vez con más intensidad a medida que pasan los años, a los momentos iniciales y determinantes de la propia existencia. En ocasiones ese volver es un regresar físico, recorriendo paso a paso campos, calles y plazas, descubriendo con la mirada lugares ya casi olvidados o experimentando la desazón que implica comprobar las mutaciones y los cambios. En otros casos el volver acontece sólo con el espíritu y con la ayuda, mayor o menor según los temperamentos, de una imaginación que intenta rescatar personas y cosas del olvido.

A veces la vuelta al pasado se colorea de añoranza o se limita a provocar reacciones sentimentales. En otros momentos, o en otras personas —la conocida novela de Marcel Proust constituye un claro ejemplo—, se trata más bien de un proceso de sublimación en busca del tiempo perdido. En un creyente, en un alma que vive de fe, el reencuentro con el pretérito desemboca o, al menos, puede desembocar —la referencia a las *Confesiones* de San Agustín resulta aquí obligada—, en el reconocimiento de la acción providente y amorosa de Dios y, por tanto, no ya en memoria, en evocación del pasado, sino en oración, en encuentro vivo con el Dios que, gobernando el pasado, sigue a nuestro lado en el hoy y el ahora, es decir, en el darse concreto del presente.

Josemaría Escrivá de Balaguer fue un gran viajero: sus empeños sacerdotales y apostólicos le llevaron a recorrer muy diversos países y a realizar grandes travesías. Regresó sin embargo pocas veces a los lugares en los que habían transcurrido sus primeros años, y siempre que lo hizo fue por motivos específicos, por razones que hacían necesaria o al menos aconsejable su presencia. Los nombres de Barbastro, de Fonz, de Logroño, de Zaragoza, y las realidades que esos nombres evocaban, estuvieron no obstante muy presentes en su memoria, aflorando en más de una ocasión en sus conversaciones y, sobre todo, en su oración; en esa oración que, especialmente en el último periodo de su vida, hizo más de una vez en voz alta. Su recuerdo, como el de san Agustín, estaba en efecto impregnado por la fe. Su volver al pasado no era, en última instancia, sino una forma más de revivir —por decirlo con sus mismas palabras— la “historia de las misericordias de Dios”, la historia de un amor, el de Dios, que, acercándose al ser humano y trascendiendo su pequeñez, lo eleva hasta incorporarlo a su designio.

No es mi intención enumerar ahora todos las ocasiones en las que san Josemaría hizo memoria de sus años de Logroño ni analizar todos los testimonios con que contamos a ese respecto. Me limitaré, mucho más modestamente, a evocar algunos de los sucesos acaecidos durante esos años, los que me parecen más significativos, situándolos, aunque sea de forma breve y esquemática, en su contexto histórico y biográfico¹⁾.

De la adolescencia a la juventud

Al referirse al periodo vivido por san Josemaría en Logroño el pensamiento va de forma espontánea al invierno de 1917-1918 y a la inquietud espiritual que suscitó en él la vista de las huellas dejadas en la nieve por las pisadas de un carmelita descalzo. Es lógico que así sea, porque ese episodio es, ciertamente, uno de los momentos cruciales de su existencia. Pero la evocación no debe limitarse a ese acontecimiento, ciertamente central, puesto que los años de Logroño, representaron algo más. No conviene olvidar, en efecto, que san Josemaría llegó a la capital riojana cuando era un adolescente de 13 años y la dejó siendo ya un joven de 18, ante el que se abrían grandes interrogantes, pero que había asumido ya una neta posición en la vida.

El periodo final de la estancia de Josemaría Escrivá en Barbastro estuvo marcado por experiencias dolorosas. La muerte, a pocos meses de distancia una de otra, de las tres hijas pequeñas, trajo consigo momentos de dolor y de tristeza al hogar constituido por José Escrivá y Dolores Albás. Antes de que el transcurso del tiempo hubiera podido si no borrar ese dolor, al menos atenuarlo, surgió un nuevo motivo de zozobra: la crisis económica que condujo a la quiebra del negocio del que era propietario José Escrivá y forzó el traslado de la familia a una nueva ciudad. Josemaría Escrivá conservó siempre, como fruto de aquellos tiempos, el recuerdo de la hidalguía, del sentido de la justicia y de la generosidad manifestados por su padre, que para hacer frente, yendo más allá de lo debido, a obligaciones y compromisos, no vaciló en afrontar la situación poniendo en juego la totalidad de su fortuna. Pero, junto a esa imagen paterna —que constituyó un motivo a la vez de orgullo y de estímulo—, sintió con fuerza, y en algunos momentos con sentimientos de rebeldía, la dureza que acompaña a todo cambio de posición económica.

1) Para completar la exposición del periodo que consideraremos, pueden consultarse A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, t. 1: *¡Señor que vea! (1902-1936)*, Madrid 1997, pp. 52-120, y J. TOLDRÁ, *Los estudios de Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1920)*, en "Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá", sección del "Anuario de Historia de la Iglesia" VI (1997) 607-674, donde el autor recoge parte de la investigación contenida en *Fuentes para una biografía de Josemaría Escrivá*, tesis doctoral inédita, Pamplona 1994.

Al advertir la necesidad de iniciar una nueva vida, José Escrivá realizó diversas gestiones. Una de ellas llegó a buen puerto: las que tuvieron como referente a Antonio Garrigosa, un competente y emprendedor negociante de origen catalán, afincado en la capital riojana donde dirigía un importante almacén de tejidos y algunas tiendas. En la más importante de ellas, *La Gran Ciudad de Londres*, situada en una calle muy comercial, la del Mercado, entró a trabajar José Escrivá, en un puesto de dependiente. De ahí que a comienzos de 1915 marchara a Logroño para iniciar su tarea y buscar acomodo para los suyos. Por primera vez, la familia Escrivá-Albás conocía la separación.

A mediados de septiembre la familia se trasladó a Logroño, para habitar en un lugar céntrico, el entonces número 18 (ahora 12) de la calle Sagasta, pero en el último piso del inmueble, más pequeño y de menor calidad que los restantes²⁾. El viaje desde Barbastro a Logroño tuvo acentos amargos, como no podía ser menos, pues estaba provocado por razones tristes e implicaba dejar atrás lugares en los que habían transcurrido años felices, y cortar con amistades y relaciones. Los padres se esforzaron por dulcificar todo lo posible ese tránsito, evitando a sus hijos roces y preocupaciones, pero los aspectos amargos de la situación no podían por menos de hacerse notar y de influir de algún modo en el ánimo.

Antonio Garrigosa, que supo apreciar la calidad humana de José Escrivá, había pedido a uno de sus colaboradores, Antonio Royo, que ayudara a la familia Escrivá a ambientarse en su nueva ciudad. Surgió así una sincera amistad entre ambas familias; una de las hijas de Antonio Royo, Paula, de la misma edad que Josemaría, recuerda que, por aquel entonces, las dos familias salían con frecuencia juntas los domingos por la tarde para atravesar el Ebro por el puente de hierro y tomar el sol paseando por las carreteras de Laguardia o de Navarra³⁾. No fueron éstas las únicas amistades, ya que el temple del matrimonio constituido por José Escrivá y Dolores Albás les permitió entrar en relación con otras personas, pero también es cierto que constituían una familia llegada de fuera que sólo poco a poco iba situándose en el nuevo ambiente al que había llegado. Fue sobre todo en el hogar, en un hogar en el que, con la experiencia de los sinsabores, se adquirían lazos cada vez más hondos, donde la familia encontraba especialmente calor y fuerza.

Josemaría iba entretanto creciendo, y pasando de los trece años, a los catorce, a los quince... Su personalidad iba madurando y consolidándose. La llegada a Logroño, el paso de una ciudad de larga historia pero de pocos habitantes

2) Ahí permanecieron hasta finales de 1918, en que se trasladaron a la calle Canalejas, para volver, ya en 1921, al edificio de la calle Sagasta, pero esta vez al segundo piso.

3) Testimonio de Paula Royo, RHF 1-05379, p. 1.

tes, como era Barbastro, a una capital de provincia en plena expansión económica y demográfica (en 1915 contaba con 24.000 habitantes y en 1925 llegó a los 33.000), como era Logroño, no podía por menos de ejercer un cierto influjo en Josemaría, que se encontraba en ese momento de la vida, la adolescencia, en el que las impresiones y los sentimientos surgen con especial ímpetu. Las calles y plazas de Logroño, el ritmo de vida de la ciudad, el carácter de sus habitantes, atraerían en más de un momento su atención.

Los comentarios de su padre y de otras personas, la lectura de la prensa diaria y de la revista *Blanco y Negro*, que se recibía habitualmente en su casa, iban atrayendo su atención hacia los problemas y las cuestiones que agitaban el propio momento histórico: desde la guerra mundial, hasta la revolución en Irlanda, que siguió con particular interés, pues veía en ella el empeño de un pueblo que luchaba por su libertad religiosa. Permitásemme a este respecto un testimonio personal. En 1956, terminados mis estudios en la Universidad de Sevilla, me trasladé a Roma para incorporarme al Colegio Romano de la Santa Cruz, un centro de formación al que acudían, y acuden, miembros del Opus Dei de muy diversos países. Recuerdo muy bien cómo en alguna ocasión san Josemaría se dirigió a los irlandeses que allí estaban, comentándoles la emoción con que había seguido los sucesos de Irlanda en los años 1916 y siguientes, incluida la dramática huelga de hambre del alcalde de Cork. Y tengo muy presente también la alegría con que comprobaba la fraternidad con que convivían irlandeses e ingleses, y también franceses, ingleses y alemanes, unidos en un común ideal cristiano por encima de desavenencias históricas, en unos casos la guerra de Irlanda, en otros la entonces reciente segunda guerra mundial.

Pero volvamos a Logroño. En orden a describir la formación cultural e intelectual del joven Josemaría resulta imprescindible referirse a sus estudios de bachillerato, campo en el corresponde un papel importante a sus años riojanos. En Barbastro, había cursado los tres primeros años del bachillerato en el colegio de los Escolapios, acudiendo para examinarse a los Institutos de Huesca o de Lérida. Al llegar a Logroño pasó a frecuentar el Instituto General y Técnico existente en esta ciudad desde mediados del siglo XIX. Allí cursó estudios durante tres años. La convivencia con un nutrido grupo de estudiantes —el número de alumnos por curso rondaba los cuarenta—, el seguimiento diario de las clases, impartidas por un claustro de catedráticos y profesores de buen nivel académico, contribuyó al desarrollo de su formación tanto intelectual como humana. Mencionemos, entre los profesores, a Joaquín Elizalde, que fue director del Instituto durante dos décadas; a Calixto Terés, sacerdote y profesor de filosofía, de amplia cultura y gran dedicación a los alumnos a los que seguía de modo personal y directo; Luis Arnáiz, profesor de Literatura, del que sus alumnos recordaban que durante las clases solía leer en voz alta pasajes de los clásicos castellanos, dejándose en ocasiones ganar por la emoción que los textos provocaban...

Durante los estudios de bachillerato tuvo lugar una anécdota, pequeña pero a la que el Fundador del Opus Dei se refirió varias veces. Yo mismo tuve la oportunidad de oírse la contar. Fue en 1958 ó 1959. Junto con otro alumno del Colegio Romano nos dirigíamos a una habitación cuando, al fondo de un pasillo, vimos a san Josemaría, que estaba esperando que abrieran una puerta. Nos acercamos enseguida para saludarle, y él se entretuvo unos momentos hablando con nosotros, gastando alguna broma al que me acompañaba tomando pie de su profesión: la química. En ese contexto evocó sus estudios en Logroño y contó que, un comienzo de curso, al acceder, guiados por el profesor de la materia, al laboratorio, advirtieron que el instrumental y las estanterías estaban desordenadas y con polvo. Sin desanimarse el profesor, Rafael Estriche, les indicó que, para no perder días de clases, irían limpiando poco a poco, a medida que los necesitaran, las diversas probetas y tubos de ensayo, dejándolo luego bien limpios y ordenados en el lugar que les correspondiera. De ese modo, en poco tiempo, el laboratorio quedaría reluciente, como en efecto ocurrió. Al llegar a este punto, san Josemaría se interrumpió y añadió un comentario que pone de manifiesto esa capacidad de pasar de lo inmediato a lo trascendente que fue uno de los rasgos más acusados de su personalidad: "Entonces no pensé en nada, pero, andando el tiempo, he considerado más de una vez que ése es uno de los hechos de los que fue sirviéndose el Señor para hacerme entender el valor de las cosas pequeñas".

La descripción del proceso de maduración de Josemaría Escrivá durante los años de Logroño, y más concretamente de los años que precedieron a los sucesos de 1917-1918 a los que enseguida nos referiremos, quedaría incompleta, si no hiciéramos referencia a su vida espiritual. En el hogar de mis padres —comentó años más tarde— "trataban de darme una formación cristiana, y allí la adquiriría, más que en el colegio, aunque desde los tres años me llevaron a un colegio de religiosas, y desde los siete a uno de religiosos"⁴. Las palabras que acabamos de citar hacen referencia al periodo de la infancia, pero son aplicables también a los años de la adolescencia. Las oraciones que su madre le enseñara siendo niño, continuaron estando presentes en el periodo de Logroño, y en los sucesivos. El ambiente de piedad, común a otras muchas familias cristianas, sencilla y sinceramente vivido en su hogar —visitas a la iglesia de Santiago el Real, la parroquia a la que pertenecían, o más tarde a Santa María de la Redonda, situada también muy cerca de su casa⁵, rezo del Rosario en familia,

4) Notas tomadas de una meditación que tuvo lugar el 14-11-1964 (AGP P09, p. 69); texto citado y comentado por A. VÁZQUEZ DE PRADA, o.c., p. 37 ss.

5) Sobre las iglesias de Santiago y de Santa María la Real —llamada también La Redonda, por haber sido construida sobre los cimientos de una iglesia anterior de planta octogonal— puede encontrarse información en R. GÓMEZ DE SEGURA, *Las tres parroquias de Logroño*, Logroño 1930 (reeditada, también en Logroño, en 1941 bajo un pseudónimo que solía emplear su autor: Rugo de Seya; de esta versión hay reedición en facsimil: Bilbao 1989); ver también E. SANZ RIPA, *Santa María de la Redonda. De iglesia parroquial a concatedral*, Logroño 1992.

bendición de la mesa, práctica de algunas devociones eucarísticas o marianas...—, caló profundamente en su alma. La gallardía y sencillez —reflejo de una humildad profunda— con la que su padre llevó la humillación que representaba el fracaso económico, y la serenidad que tanto su padre como su madre supieron infundir en la vida de hogar contribuyeron a templar su carácter y le ayudaron a comprender la riqueza humana y espiritual que implica saber afrontar la vida con olvido de sí, desvelo por los demás y confianza en la providencia divina. Desde diversas perspectivas, y a través de diversos sucesos, Dios iba predisponiendo su alma para lo que había de venir.

Unas huellas sobre la nieve

“El Señor —son palabras del propio san Josemaría— me fue preparando a pesar mío, con cosas aparentemente inocentes, de las que se valía para meter en mi alma esa inquietud divina. Por eso he entendido muy bien aquel amor tan humano y tan divino de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando por las páginas de un libro asoma una estampa con la mano herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de este estilo, que me removieron y me llevaron a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión ... y a la penitencia”⁶⁾.

“Cosas aparentemente inocentes, de las que (el Señor) se valía para meter en mi alma esa inquietud divina”. Palabras que aluden de modo inconfundible a las huellas sobre la nieve dejadas por los pies descalzos de un carmelita a fines de 1917 ó comienzos de 1918, de las que Dios se valió para tocar el corazón del joven Josemaría y sembrar en su alma una inquietud, una semilla, destinada a tomar posesión de toda su existencia. Fue como un aldabonazo que conmovió su espíritu: hay quien afronta el frío por amor de Dios, y yo, ¿qué estoy haciendo por Cristo? Ese pensamiento se clavó en su alma. No fue un sentimiento pasajero, sino una impresión profunda que reclamaba una respuesta plena y decidida. Y, como paso previo a esa respuesta, la pregunta acerca de lo que Dios, a través de esa señal, promovía y esperaba.

No sabemos si conocía ya al carmelita P. José Miguel de la Virgen del Carmen, o si lo localizó en días sucesivos. El hecho es que al poco acudió a la iglesia del convento de las monjas carmelitas, donde este religioso confesaba, y empezó a dirigirse espiritualmente con él. Después de dos o tres meses, el P. José Miguel, que advirtió la finura de espíritu de Josemaría —que por aquel entonces había comenzado a ir a Misa a diario y a intensificar su trato con Dios— le sugirió la posibilidad de ingresar en la orden carmelitana. Josemaría ponderó despacio esa sugerencia, no carente de lógica: a fin de cuentas Dios se

6) Notas de la meditación que del 1-11-1964 ya mencionada en nota 4 (AGP P09, p. 72)

había servido del modo de vestir de los carmelitas descalzos para conmovir su espíritu. Pronto percibió sin embargo, y con absoluta claridad, que no era ésa la voluntad divina. Dios no le llamaba al estado religioso. A la vez era igualmente claro que la inquietud experimentada no podía quedar limitada a una actitud de ánimo difusa e imprecisa y, menos aún, a un mero sentimiento, sino que debía desembocar en un verdadero compromiso. ¿Qué camino tomar por tanto? Una idea se abrió paso en su mente: hacerse sacerdote.

No es, propiamente hablando —así se deduce con claridad de sus recuerdos en años posteriores—, que considerara el sacerdocio como la respuesta acabada a la inquietud sembrada por Dios en su alma, sino más bien que vio en la elección del camino sacerdotal el modo de colocarse por entero en manos de Dios y disponerse a dar una respuesta cuando llegara el momento en que Dios le hiciera conocer por entero sus designios. Encaminarse al sacerdocio era una decisión que, al cortar con otros lazos y condicionamientos, le colocaba en una situación de plena disponibilidad para los planes divinos: ya vendría lo que Dios pudiera querer, cuando Él quisiera y como Él quisiera. “¿Por qué me hice sacerdote? Porque creí —explicará años después, hablando de su ordenación sacerdotal— que (así) era más fácil cumplir una voluntad de Dios, que no conocía. Desde unos ocho años antes la barruntaba, pero no sabía qué era, y no lo supe hasta 1928. Por eso me hice sacerdote”⁷⁾.

En meses anteriores a su encuentro con las huellas sobre la nieve, Josemaría, que se encontraba ya en el sexto y último curso del bachillerato, había pensado en su orientación futura, y del tema había hablado con su padre y en las reuniones de familia, oscilando entre los estudios de arquitectura, hacia los que personalmente se inclinaba, y los de abogacía, hacia los que le impulsaba su padre. Todo eso quedaba ahora atrás, y se imponía comunicarlo a su familia, que iba a verse privada de la ayuda que podía esperar del hijo mayor. Esa consideración no dejó de afectarle, pero no le retrajo de su decisión, y sin esperar más la manifestó a su padre. “Un buen día —contaba muchos años más tarde— le dije a mi padre que quería ser sacerdote: fue la única vez que le vi llorar. Él tenía otros planes posibles, pero no se rebeló. Me dijo: «Hijo mío, piénsalo bien. Los sacerdotes tienen que ser santos... Es muy duro no tener casa, no tener hogar, no tener un amor en la tierra. Piénsalo un poco más, pero yo no me opondré». Y me llevó a hablar con un sacerdote amigo suyo”⁸⁾.

En alguna ocasión, al narrar esa conversación con su padre y citar las palabras “no tener casa, no tener hogar”, san Josemaría añadió enseguida una advertencia: “mi padre se equivocaba”, poniendo así de manifiesto que el sacer-

7) Notas tomadas durante una reunión de familia, 28-11-1973 (AGP, P06, 1, 279).

8) Notas tomadas de la meditación del 14-11-1964 (AGP, P09, p. 72).

docio le había abierto a una paternidad mucho más amplia de lo que humanamente le hubiera sido dado imaginar. En un punto sí tenía, no obstante, plena razón su padre, y san Josemaría lo recordó y lo subrayó siempre: “los sacerdotes tienen que ser santos”. Si te encaminas hacia el sacerdocio, venía a decirle su padre, no es para ser mediocre o para conformarte con un horizonte limitado, sino para darte a Dios de verdad y por entero. Las palabras paternas se unían así a la disposición de alma que Dios había sembrado en su corazón, reforzándola y afianzándola.

Poco después de esa conversación, Josemaría, habló con los sacerdotes que su padre le había presentado y con algún otro: D. Antolín Oñate, Abad de la Colegiata de La Redonda, D. Albino Pajares, sacerdote castrense destinado durante esa época a La Rioja, D. Ciriaco Garrido, bien conocido en Logroño como sacerdote experimentado y a cuyo confesionario acudió Josemaría... Muy pronto, con el apoyo de su padre y siguiendo los consejos que recibía, comenzó a realizar gestiones para ingresar en el Seminario, en el que fue admitido en septiembre de 1918. De acuerdo con una de las posibilidades existentes en aquella época se acogió a la condición de alumno externo, es decir, de alumno que continuaba viviendo en el hogar paterno y acudía al Seminario para las clases y los diversos medios de formación.

El régimen de vida, tanto para los alumnos internos como los externos, era por lo demás intenso: meditación y Misa a las 6'30 de la mañana; después del desayuno, dos horas de clase, separadas entre sí por un tiempo libre y un rato de estudio; a las 3 de la tarde, una tercera clase, seguida de descanso, tiempo de estudio, rezo del Rosario y un rato de lectura espiritual, después del cual, ya al caer la tarde, los alumnos externos regresaban a sus casas⁹⁾. Desde mediados de noviembre de 1918 (el curso comenzó algo más tarde de lo previsto como consecuencia de la fuerte epidemia de gripe que hubo en ese tiempo), y a lo largo de dos cursos académicos, Josemaría dejaba muy temprano la casa de sus padres y se dirigía hacia el lugar en el que tenía su sede el Seminario, un edificio, amplio aunque viejo y con notables deficiencias, vecino al Paseo del Espolón, en el centro mismo de la ciudad¹⁰⁾.

El Seminario tenía como Rector, en aquel momento, a D. Valeriano Cruz Ordóñez, y contaba con un buen plantel de profesores, de entre los cuales, por haber impartido clases en asignaturas que curso allí Josemaría, cabe destacar a D. Pablo Lorente, profesor de Teología Pastoral y Ascética, Arqueología y

9) Tal es, en síntesis, el horario general establecido por el plan aprobado en 1914 (*Boletín eclesiástico de la Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño*, 1914, pp. 386-387).

10) Descripción y datos históricos al respecto en F. BUJANDA, *Historia del Viejo Seminario de Logroño*, Logroño 1948. El seminario estuvo en esa sede hasta 1929, fecha en que se trasladó al edificio, de nueva construcción, que ocupa actualmente.

Derecho; D. Gregorio Lanz, profesor de Historia Eclesiástica y de Doctrina Social de la Iglesia, D. Francisco Santamaría, profesor de Teología Fundamental... Formaban también parte del claustro, aunque no le dieron clases, otros profesores de prestigio como D. Julián Cantera, D. Tomás Monzoncillo, D. Miguel Berger, etc. Mención especial, aunque se cuente entre los que no le impartieron clases, D. Gregorio Fernández Anguiano, Director o Prefecto de Disciplina desde 1918, con el que Josemaría tuvo gran confianza y al que consta que acudió a confesarse en años posteriores, cuando, residente ya en Zaragoza, pasaba alguna temporada en Logroño.

De sus compañeros de seminario cabe mencionar, entre aquellos que más le trataron, a Máximo Rubio, Pedro Baldomero Larios, Juan Cruz Moreno, José María Millán, con quien mantuvo correspondencia durante muchos años... De varios se estuvo en condiciones de recoger testimonios después de la muerte de san Josemaría Escrivá. Lo recordaban como un alumno responsable, buen estudiante, agradable en el trato, elegante y cuidadoso en la forma de vestir, con una intensa vida de piedad, consciente de lo que implicaba la vocación sacerdotal y disponible para las diversas ocupaciones que traía consigo la vida en el Seminario. Varios anotan, como dato significativo, el hecho de que decidiera colaborar en las tareas de catequesis que, durante los domingos, se desarrollaban en la iglesia del Seminario, aunque de ese cometido, que corría a cargo de los alumnos internos, estaban dispensados los externos.

Los estudios de Teología y la participación, aunque fuera sólo como alumno externo, en la vida del Seminario, constituyó una etapa importante en la vida de Josemaría: allí, en efecto, inició el proceso de profundización en las dimensiones de la vida sacerdotal, y de conformación con ellas, que completaría después en Zaragoza. En Logroño y en Zaragoza adquirió, en efecto, no sólo un conocimiento teórico de la doctrina sobre el sacerdocio ministerial cristiano, sino una personal identificación con ese sacerdocio y un aprecio por la condición diocesana, en la que se formó y en la que fue ordenado, que le acompañaron —más aún, que fueron creciendo— a lo largo de toda su vida. “Soy un sacerdote que no quiere hablar más que de Dios”: estas palabras pronunciadas muchas veces por san Josemaría, especialmente en los últimos años de su vida, ponen de relieve la hondura con que los rasgos propios de la vocación y la misión sacerdotales habían impregnado, partiendo de los inicios de Logroño, toda su personalidad.

Ciertamente, desde aquel día de invierno en que viera las huellas de unas pisadas sobre la nieve, su conciencia estuvo marcada por la apertura a una tarea, cuyo alcance concreto no percibió hasta el 2 de octubre de 1928, y esto incidió profundamente en su vivencia del sacerdocio, que concibió siempre en el horizonte de la inquietud que Dios había impreso en su alma. Pero esa realidad no implicó, en ningún momento, un distanciamiento de la condición sacerdotal, sino al contrario una profundización en la dimensión apostólica del sacerdocio. El sacerdote, todo sacerdote, es sacerdote no para sí mismo, sino para la

Iglesia, para el servicio de la Iglesia. Ese servicio se concretará en cada caso según la personal vocación y lo que la Iglesia reclama. En el suyo iba a implicar —esto es lo que se le manifestó el 2 de octubre de 1928— la llamada a la fundación del Opus Dei, es decir, la dedicación a promover entre personas de todas las condiciones sociales y de todas las profesiones el reconocimiento de su llamada a la santidad y al apostolado, contribuyendo así a hacer presente la Iglesia en las más diversas coordenadas de espacio y de tiempo.

Culminación de una etapa

Al concluir su segundo año en el Seminario de Logroño, Josemaría dejó La Rioja y marchó a Zaragoza para proseguir su formación sacerdotal en la Universidad Pontificia existente entonces en esa ciudad, y residir en uno de sus seminarios: el de San Francisco de Paula. En esa decisión influyeron diversos factores, entre ellos la posibilidad que ofrecía Zaragoza de simultanear, al menos a partir de cierto momento, los estudios de Teología con los de Derecho, acogiendo así un deseo manifestado por su padre; y la residencia en la capital aragonesa de algunos sacerdotes parientes de la familia Escrivá-Albás, en los que podría encontrar estímulo y ayuda; sin olvidar el hecho de que, en la Diócesis riojana, a partir de tercero de Teología los estudios no se cursaban en Logroño sino en la sede que el Seminario tenía en Calahorra.

A mediados de ese curso, concretamente, en la primavera de 1920, inició las gestiones para obtener la autorización canónica necesaria para ese traslado. Concluidas positivamente esas gestiones, el 28 de septiembre ingresó en el citado Seminario de San Francisco de Paula, en el que permaneció hasta el momento de su ordenación sacerdotal. Terminaba así, en el otoño de 1920, su estancia habitual en la ciudad de Logroño, aunque continuó estrechamente vinculado a ella, y regresando con regularidad, mientras vivió allí su familia.

Un acontecimiento, triste pero entrañable, debe ser reseñado: el fallecimiento repentino el 27 de noviembre de 1924 del padre de san Josemaría. En la mañana de ese día, poco después de levantarse, José Escrivá se sintió indispuerto y cayó al suelo sin conocimiento, falleciendo a las pocas horas. Josemaría se encontraba en el Seminario de San Francisco de Paula, donde llegó el telegrama que le informaba sobre la gravedad del estado de su padre; se puso enseguida en marcha, llegando a Logroño al anochecer. En la estación le esperaba uno de los empleados de *La Gran Ciudad de Londres*, que la comunicó la noticia del fallecimiento. Ese momento, y los posteriores, hasta el funeral y el entierro que tuvieron lugar al día siguiente, fueron muy duros para toda la familia.

Un mes más tarde, el 20 de diciembre, Josemaría recibió el diaconado. Por esas fechas había comenzado a preparar el traslado de su familia, es decir, de su madre y sus dos hermanos, Carmen y Santiago, a Zaragoza, donde se instalaron en las primeras semanas de 1925, poco antes de que, el 28 de marzo, Josemaría,

recibiera la ordenación sacerdotal. Después de esa fecha san Josemaría volvió en varias ocasiones a la capital riojana, pero sólo para visitas breves y gestiones concretas. Los años de Logroño, el periodo de la vida de san Josemaría ligado íntima y continuadamente a esta ciudad, puede darse por clausurado entre 1920 y 1925, cuando pasó a vivir en Zaragoza.

Decíamos al principio que para quien vive de fe, más concretamente, para quien vive de la fe cristiana, y de la convicción que esa fe implica respecto a la realidad de Dios como Señor de la historia, todo intento de reflexionar sobre la propia existencia desemboca, en última instancia, en una remisión al querer y a los designios de Dios desde los que reciben pleno sentido los acontecimientos que a cada uno le toca vivir. En san Josemaría el punto focal, la perspectiva desde la que enjuició y valoró su vida, estuvo constituido por el momento en que Dios le hizo ver lo que de él esperaba, es decir, por lo acaecido y visto el 2 de octubre de 1928. Los años posteriores a esa fecha —casi cincuenta, hasta el momento de su fallecimiento, el 26 de junio de 1975— se le presentaron siempre como años que debían ser gastados en cumplimiento de la misión recibida ese día. Y los precedentes, como años marcados por avatares a través de los que Dios le iba preparando para esa revelación decisiva.

Los años de Barbastro, desde su nacimiento hasta su marcha de esa ciudad en 1915, fueron los años en los que Dios, por medio de sus padres y de quienes colaboraron con ellos, infundió en su alma la semilla de la fe cristiana. Los años de Zaragoza, desde 1920 a 1927, el periodo en el que se completó su formación como sacerdote y dio los primeros pasos en el ejercicio de un ministerio, el sacerdotal, esencial para la tarea que debía desempeñar. Los primeros años en Madrid, desde 1927 en adelante, el tiempo en el que, entregándose con plenitud a la labor pastoral que se le ofrecía, le fue dado profundizar con singular hondura en el valor redentor del sufrimiento y en la actitud de abandono confiado en las manos de nuestro Padre Dios.

En el centro, también desde una perspectiva cronológica, de ese proceso de preparación, los años de Logroño, desde 1915 a 1920, en los que se consolidó su personalidad, pasando desde la adolescencia a la juventud, y en los que Dios, sirviéndose del frío de una mañana de invierno, se introdujo con gesto señorial en su existencia, haciéndole barruntar una misión, cuyo contenido permaneció en aquel entonces oculto, en espera de que sus contornos se fueran perfilando y precisando del modo y en el momento querido por Dios. Los años de Logroño, que hemos procurado evocar, aunque haya sido sólo en líneas muy generales, constituyen, por eso, con plena verdad una encrucijada decisiva —e incluso la encrucijada decisiva— en la vida de san Josemaría. Fue entonces cuando Dios comenzó a marcarle un rumbo del que no debía apartarse en lo sucesivo. Y del que, de hecho, no se apartó jamás.